





# LOS BORDES DEL MUNDO



# LOS BORDES DEL MUNDO

GILDA MANSO

**OBLOSHKA**

**OBLOSHKA**

Manso, Gilda  
Los bordes del mundo / Gilda Manso. - 1a ed. - Ciudad Autónoma  
de Buenos Aires : Obloshka, 2018.  
144 p. ; 14 x 20 cm.

ISBN 978-987-46902-1-0

1. Literatura Argentina. I. Título.  
CDD A860

Dirección editorial: Gastón Levin

Diseño de tapa e interior: Donagh / Matulich,  
sobre diseño de colección Estudio ZkySky  
Imagen de portada: FreeImages

© Gilda Manso, 2018

© Obloshka, 2018

ISBN: 978-987-46902-1-0

Impreso en **xxxxxxx**  
en el mes de agosto de 2018.

Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina. Hecho el depósito que marca la Ley 11.723  
Libro de edición argentina. Impreso en Argentina.  
Todos los derechos reservados. Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra sin  
previo consentimiento del editor/autor.

# Índice

<i>Mitología</i> (prólogo) .....	11
Plumas incandescentes .....	13
Alfombras .....	14
Un mamut a secas.....	17
La tempestad.....	22
Pelícano .....	25
Amparo .....	30
La convicción .....	33
Esperando al salvador .....	35
Matrioska.....	37
Flores .....	39
Un tiempo fuera de casa .....	42
La elevación.....	47



Perversa .....	49
La gigante .....	52
Sus ojos muertos.....	60
Cautiva.....	63
El Malevo.....	65
Las cosas no mueren .....	67
El pelo al huevo.....	70
El tercer hombre.....	73
Cuidar la casa .....	74
Piso de madera .....	77
Curtido y callejero .....	81
Concepción.....	85
Pajarraca .....	87
La peregrina .....	90
Cliché.....	92
Las muertes de Hilario.....	93
El joven aprendiz .....	95
Eso .....	97
Estirpe .....	101
El Club de los Feos.....	102
Rose .....	107
La dinastía Yung.....	108







Relincha el cielo .....	112
Harén .....	114
La amenaza .....	117
Tres gatos muertos .....	119
El rescate .....	121
Séptima .....	122
Un mundo de fábula (espejo uno) .....	124
Largavista (espejo dos) .....	125
El ama de llaves .....	127
Constante .....	131
La casa del jardín demasiado quieto .....	133
Hermandad .....	139





# Mitología

*Quise crear mi propia mitología. Quise inventar mis propios dioses. Ninguno de los existentes me convencía, y me senté a diseñar divinidades según mi conveniencia. Les puse poderes y virtudes insuperables, los doté con una belleza que ningún mortal podría poseer, volqué en ellos milagros, hazañas y cualidades que nada envidiaban a las de los dioses de las otras religiones.*

*Luego los fabriqué. Una a una, mis deidades fueron tomando vida gracias a mi talento para la creación. Me saqué una costilla y se la di a un dios. A otro le cedí mi imaginación. A otro, mis manos. Cada uno de mis seres mitológicos tenía algo muy mío, ya que de eso dependía su supervivencia.*

*Cuando de mí sobraba apenas un ojo y un poco de conciencia, mis dioses quedaron terminados, listos para gobernar. En ese momento, el dios más implacable (así lo había creado yo) me miró y me dijo:*

12 / Gilda Manso

*—Ninguno de nosotros cree en vos.  
Entonces dejé de existir.*

# Plumas incandescentes

El gorrión entró al comedor con ínfulas de águila y espíritu de bicho de luz. Furioso, chocaba con la lamparita de la cocina una y otra vez; quería atravesarla o eso fingía. Piaba como quien grita victoria o una orden de ataque, y embestía la bombita. Luego se fue, así como vino. Huyó al patio, con salida directa al aire libre.

Eso fue ayer. Hoy, de la lamparita cayeron plumas incandescentes, como si algo o alguien estuvieran mudando la piel. Tomé una y escribí un cuento.

Me salió brillante.



# Alfombras

Pasaron años, y sin embargo no lo olvido. Esa mañana, papá me dijo:

—Hoy vamos a ir a la casa del tío Felipe, porque tiene una alfombra nueva.

Yo me estremecí. Nunca me gustaron sus alfombras.

El tío Felipe, una o dos veces por año, iba a la selva y cazaba animales. Luego colgaba las cabezas de los animales en la pared del living, o usaba las pieles para hacer alfombras. Cada vez que volvía de la selva, el tío Felipe organizaba una fiesta; asaba venados y bebía champaña, y toda la familia estaba invitada, y debíamos ir y decir lo mucho que nos gustaba el nuevo puma apachurrado bajo la mesa ratona o la nueva cabeza de jirafa colgada encima de la chimenea. Y a mí, que nunca me gustaron los asesinatos, me repugnaba tanto cadáver disecado.

Llegamos al mediodía, justo cuando el venado de la parrilla empezaba a largar olor a carne chamuscada. El tío





Felipe vino hacia nosotros gritando y gesticulando mucho, y empezó a repartir copas y a contar anécdotas aburridas o terribles sobre su última estadía en la selva.

—¡Vamos a ver la alfombra! —exclamó cuando vio que mamá empezaba a quedarse dormida, y nos llevó al living. Un león más grande que los de mi imaginación alfombraba el suelo. El tío Felipe se hinchó de orgullo, aceptó la felicitación de papá, fingió no ver la cara de asco de mamá, y me preguntó si me gustaba. Yo dije que más o menos; lo que no dije fue que el león parpadeó, y no lo dije por dos motivos: uno, porque no iban a creerme, y dos, porque si me creían, mi tío agarraría la escopeta y se aseguraría de que el león no volviera a parpadear. Pedí permiso para quedarme en el living mientras los grandes comían venado en el patio; que no, no tengo hambre, y así pude quedarme ahí, sentada en el suelo, al lado de la nueva alfombra.

—Ey —le dije al león apenas nos quedamos solos.

El león abrió los ojos y me miró. Luego se paró y se sacudió, como hacen los perros cuando se despiertan.

Abrí de par en par los faraónicos ventanales del living; el león se acercó a ellos y miró hacia afuera.

—No vas a poder salir, mi tío está en el patio —le dije, mientras trataba de idear un plan para liberarlo sin que mi tío lo notara; entiendan: yo era una niña.



16 / Gilda Manso

Pero el león debía saber algo que yo ignoraba, porque me lamió la cara y salió volando por el ventanal hacia el cielo inalcanzable, y lo hizo frente a la mirada asombrada de mi tío, que nunca había sospechado que el león, además de león, era alfombra voladora.